

TORCER EL ÁRBOL

DANA HART



DEIK

ILUSTRACIÓN DE TAPA



<https://instagram.com/destruye.y.konstruye?igshid=YmMyMTA2M2Y=>

Abro una puerta y salgo hacia la intemperie. Una brisa fresca me golpea la cara. El suelo es una extensión plana de roca endurecida, solidificada, vuelta al color amarillo de lo que tiene ninguna vida. Parece un desierto. No florido, no alojado en un Oasis, sino el desierto crudo. El aire también se siente seco, así que se me resquebrajan de inmediato la piel de las manos. Estoy descalza. Veo alrededor y no pasa gente. Árboles inmensos alejan la sensación desértica y compensan el ambiente, con un fuerte verde que tapa los techos y las ventanas de las casas en decadencia. Pequeñas moscas sobrevuelan, molestando la cara, los ojos, evitando sentirse confortable en ni un solo momento. Expreso mi incomodidad en un resoplido. Descalza, doy un paso al frente. Luego, dos, tres, y pretendo llegar hasta la esquina. No hay personas. Lo primero que pienso es en la pandemia, tal vez las funerarias se repletaron en este barrio, como en China, ante un nuevo rebrote del virus. Pero no hay aroma fúnebre en el aire. Tampoco es que sea un misterio, hace mucho tiempo que aquí no vive gente.

Se escucha nada más el aullido desesperado de un perro, que llama a otro perro, que llama a otro perro, en la corriente del aire, como si sea visaran, de algo apocalíptico, que nunca llega, que al final siempre resulta ser un gato, un pajarito, una madre paseando con su bebé. Me clavo, dos o tres veces, rocas semi salidas del suelo, que se deshacen entre mis dedos, rotas por el peso de mi cuerpo al caminar. Hay un vacío, parecido al que hay dentro de una bolsa de aire, al sujetarla en una mano, a punto de hacerla explotar. Hace mucho tiempo que aquí nada explota, nada estalla, como la tierra de la mesura y las buenas costumbres, de la prolijidad. Claro, si no hay nadie.

Es fácil mantener un pueblo ordenado, cuando nadie habita en él. No se desparrama ni un solo papel, ni se cae un solo clavo, ni se llenan los tachos de basura. Una cuadra hacia la derecha, tres cuadras hacia la izquierda, tres calles principales, una rotonda y ese es todo el pueblo. No es muy amplio. Hay una casa comercial, enorme, justo en la esquina de la rotonda, donde me olvidé el termo y el mate una vez, desatando la furia de mi familia. Un cartel, que dibuja uvas moradas en luces de neón, medio en decadencia, como el anuncio de un motel.

Y algunos teléfonos públicos que todavía quedan, maltratados, sin que nadie les haya puesto una moneda en años. Cuando era joven, el camino desde mi casa hasta la rotonda, ida y vuelta, era todo el paseo, le decíamos “la vuelta del perro”. Siempre volvíamos a salvo a casa. Ni violadores, ni asesinos seriales. Solo un pueblo de señoras, ni ricas ni pobres, señoras que riegan en la vereda y salen a menudo a ver qué pasa. Hay mucho para regar, el suelo es tremendamente seco. Parece apretar la raíz hasta sacarle hasta la última gota de jugo. Tal vez por eso tengan unas uvas tan grandes en la rotonda, señal de que hay que trabajar duro para obtener un fruto. Quisiera caminar hasta la rotonda hoy, pero estoy descalza. Mi ropa tampoco es muy alentadora. Uso el mismo pantalón negro cada día, y una polera que me queda cómoda, pero tal vez ni muy linda ni muy bella, solo cómoda. Las ojeras ya me van marcando que se aproximan los cuarenta. Y las canas, que se asoman, contestatarias, llenas de promesas de vejez.

Me detengo en la esquina, presionada por una fuerza invisible que no logro contener. Mis pies tocan el suelo y sienten la aspereza de la tierra seca. Un bus de color amarillo es lo único que se aproxima, flotando sobre la avenida, por el efecto del sol en el pavimento. Le veo venir y no pienso, no siento, estiro el brazo y hago que frene con la señal universal de alto. De estar en Inglaterra, en Canadá o en Jamaica, imagino que el bus va a detenerse, ante exactamente la misma señal en todos los países, el brazo estirado. Levantando el polvo se detiene.

- Buen día caballero, ¿va al terminal?
- Si, si, suba rapidito, que ando echando carrera.
- ¿A quién le anda echando carrera?
- A los otros buses. Tenemos un horario marcado y hay que cumplirlo. Hay una distancia de media hora entre un bus y el otro, que no se puede romper. Cinco minutos de más y al despido.
- ¿Así de estricto?
- O peor, se va sin goce de sueldo.
- ¿Pero eso no es peligroso, no los obliga a ir más rápido a veces, arriesgando la vida de quienes van de pasajeros?

- Eso a mi me puede importar, pero al jefe no le interesa. Hay que cumplir las metas, mire que se va a preocupar de las cabezas humanas, si son lo mismo que cabezas de ganado.
- ¿Para él o para usted?
- Para él, a mi las vacas no me harían tantos reclamos. “Que está caro el pasaje”, “Que cuidado con las curvas”, “Que no sobrepase tan rápido”.
- Será que la gente tiene miedo entonces...

Avanzo por el pasillo, tan estrecho que tengo que ponerme de costado para poder pasar. Miro cada asiento, pensando con lujo de detalles, en cuál de ellos sentarme, como si se tratara de escoger algo importante, algo decisivo. Si me siento en uno inadecuado, levantarse y cambiarse, es visto como de “loca”, el resto de pasajeros, revolotea los ojos, como diciendo: “Qué insatisfecha esta”. Así que intento elegir con precaución. Los asientos están cubiertos de ese polvo que no sale nunca, por más que se airee, espolvoree o golpee con un tablón, sigue saliendo polvo del estampado azul con múltiples dibujos, para que no se noten las manchas. Toco algo extraño con el pie descalzo, parece ser un chicle viejo, convertido a otro estado de la materia, hacia una muy confusa combinación entre una punta filosa y un centro gomoso y blando, que se queda pegado entre los dedos. Cada cierto rato, tengo la costumbre de palparme el bolsillo, para ver si sigue allí mi billetera, que es el único objeto que traigo conmigo. Afortunadamente estaba en mi bolsillo cuando abrí la puerta, o quizás, tal vez, estaría ahora sin nada.

Tardo unos quince o veinte minutos en llegar al terminal, no lo sé con precisión porque tengo reloj. Ni un Casio, ni un Rolex, solo yo y mi sentido del tiempo. Abre la puerta trasera y me lanzo hacia abajo sin mirar atrás, diciendo: “¡Gracias!”. Camino por el terminal, evitando que me choque la gente que anda con sus bolsos enormes colgando de la espalda y los brazos, ocupando tres o cuatro veces más espacio del que seguramente deberían. Esperando en los asientos, por su horario de viaje. Me acerco a la ventanilla y miro la lista larga de lugares a los que es posible viajar. Veo que lo más lejos y lo más al Norte que llegan los buses desde aquí, es hasta Arica. Parece ser bastante lejos. Pido un pasaje y la señorita de la ventanilla

me indica que espere en el Andén N°7. Me siento a esperar, junto a una señora llena de bolsos, que me habla de cualquier cosa. No tarda mucho en llegar, un bus que dobla con dificultad y apenas entra por el portón del terminal, para estacionarse en el andén. Un señor panzón, vestido de camisa y corbata, baja a recibir los pasajes, así que me levanto y estiro la mano para darle el mío. Lo corta a la mitad y me hace subir. Soy especialista en dormir en los buses, así que de inmediato me acomodo en mi asiento, cierro los ojos y me dispongo a dormir hasta llegar. Sin despertar, sin abrir los ojos. Pero no pasan ni cinco minutos, hasta que vuelve a venir el mismo señor panzón, a chequear nuevamente el pasaje.

El bus arranca y vuelvo a cerrar los ojos. Intento no pensar en mi marido, no quisiera angustiarme, intento no pensar en las medias sucias de Joel, ni en la carne que me pidió Marito para la cena, ni en el pantalón para enmendar de Lucas, ni en las palabras de Max esta mañana: “te odio mamá, te odio”. Es que a los quince años se odia a todo el mundo, especialmente a la madre de uno. Y a los hermanos. Entre ellos también tienen bastante margen para odiarse. A veces hacen camarillas, bloques de dos contra dos para pelear, a veces son tres contra uno, y a veces los cuatro discuten como si no tuvieran país ni dueño. Especialmente cuando eran pequeñitos, peleaban en verdaderas batallas, había que meterse a separarlos tan seguido, que se me entumían las manos en el esfuerzo de la pelea. Intento no pensar. Para este momento ya deben tener hambre, alguno debe estar preguntándose qué vamos a comer. “Duerme, duerme”, me repito en voz muy bajita. Los pies se me están helado por el aire acondicionado. Por qué nunca regulan el aire y siempre es una especie de témpano de hielo que te golpea desde abajo hasta el cuello, que te hiela los sentidos. Supongo que se hizo de noche, porque en algún momento caí rendida.

Cada tanto abro los ojos, me toco la billetera y sigo durmiendo. Veo que la gente baja en algunas paradas y otros siguen, conmigo, andando. Abro un ojo cuando veo que para, y veo cómo es la ciudad en la que estamos, reflejada en el espejo de su terminal, muy altas o muy bajas, muy extendidas o muy acotadas. Ciudades que suben, ciudades que bajan. Hasta que el panzón anuncia la última parada. ¿Ni un

sanguchito nos trajeron? Cada vez más avaros lo de las empresas de transporte. Antes te daban un pedacito de algo caliente en viajes tan largos, alguna carne endurecida con puré, una ramita de brócoli, nada.

Me bajo y hace un poco de frío. El estómago me pide. Camino hasta el primer negocio que se abre paso en el terminal, leo los carteles, estoy en Arica. Pregunto el precio de un pan, medio sospechoso, envuelto en plástico, con lo que parece ser jamón y queso. Es bastante caro, pero tengo hambre. Me lo compro, junto con una Coca-Cola que me tomo casi de un solo sorbo. Siempre fui un obrero de la construcción, por dentro, que siempre andan con su botella bien fría, la de vidrio, y ninguna otra. Hay una sola ventanilla encendida, de todas las empresas del Terminal, no tengo idea qué hora es, pero voy a preguntar.

- Hola, ¿tiene pasajes?
- Si, por supuesto, ¿hacia dónde se dirige?
- Quisiera pasar a Tacna, ¿tiene usted viajes hacia allá?
- Si, claro, deme su número de carnet.
- 15.857.937-K
- Perfecto, mire, vaya rapidito que es ese bus que está por salir.
- ¿Aquél de allá?
- Si, si, vaya.

Me apuro a subir. Esta vez no hay ningún panzón en la entrada del bus, que arranca enseguida, como si lo persiguieran. Todavía andando cierra las puertas. Veo que hay mucha gente y no encuentro dónde sentarme. Así que me quedo parada, estirando el brazo para sostenerme de la barra metálica. Hay un olor raro, un olor a humanidad. A cada rato me pisan un dedo, sin darse cuenta. Todo es sin querer en este mundo y sin embargo cómo duele. Estoy ansiosa por llegar. Por suerte el viaje dura muy poco tiempo, casi no parece viaje. Pasamos por una aduana, que es lo más demorado, traje mi carnet en la billetera, así que no tengo ningún tipo de problema. Drogas no llevo. No tengo el celular, ni ningún otro aparato que me esté sonando en el bolsillo. El terminal de Tacna parece ser exactamente igual al resto de los terminales del mundo, como si se tratase siempre del mismo arquitecto.

Vigas metálicas, techo de chapa, cientos de empresas de buses instaladas en ventanillas, asientos en el centro y una ventana en el techo, para poder mirar hacia arriba, y no sentir el encierro. Hay varias ventanillas prendidas, así que no se a cuál preguntar.

- Hola, hola, voy a Juliaca, por favor, ¿tiene pasaje?
- Nooo señorita, para Juliaca no están yendo los buses, no sabe lo que está pasando, no ve las noticias.
- Si, veo, veo las noticias, pero quiero ir a Juliaca
- Están matando gente por montones, no van los buses señorita, no, no. Quizás si tiene suerte, en la ventanilla de enfrente, a veces, se acercan, pregunte.
- ¡Muchas gracias!

No encuentro pasajes. Nadie quiere ir a Juliaca. Me dicen que hasta Arequipa llegan, pero yo quiero ir directamente, me cansé de viajar. Preguntando en los andenes, veo un bus medio cuestionable, que me dice que me puede llevar, por un valor bastante bajo. Me da un poco de miedo, que no tenga fiscalización alguna, que sea peligroso, pero quiero llegar, a como dé lugar. Pago el pasaje y me subo. El bus tarda muchas horas. Parece que se metiera por cerros y valles, que doblara, que volviera a doblar, que no hubiera ni un Norte ni un Sur, ni un Este ni un Oeste. Me estoy mareando. No quiero vomitar. Ya dormí lo suficiente. No tengo nada para leer, así que me pongo a repasar en mi cabeza las líneas de la novela de Luisa Carnés, una escritora española cuya obra descubrí por accidente, sombrerera de oficio, autodidacta, hizo una novela llamada "Tea Room", donde narra la vida de las mujeres trabajadoras, en un café cualquiera. Repaso las imágenes en mi mente, aquellas que quedaron en la memoria cuando terminé de leerlo. Quiero llegar. ¡Quiero llegar!

Escucho la conversación de alguien, que cuenta que muy cerca se robaron seis contenedores, cargados, una banda de hombres en armas y que aparentemente se está utilizando el método de llegar a los locales comerciales, de a cientos de personas, para saquearlos completamente. Hay un piquete justo frente a la ruta y

nos hacen bajar. Dicen que estamos cerca. Que el resto tiene que hacerse por otro medio de transporte, porque ya no se puede llegar. “Será caminando”, pienso en mi cabeza y me echo a andar. El clima está enrarecido. Camino por calles que tienen una franja de pavimento y luego se hacen de tierra. Veo unos bloques de cemento, que parece que fueran a cargar algún tren obsoleto. La ciudad es impactantemente enorme, un cartel dice “Capital de la Integración”, hay un Cristo, blanco e imponente, pero también hay figuras indígenas. Creo que se ve una Iglesia, con un arco muy detallado y rejas, y un campanario que parece no haber sonado últimamente.

Subo unas escaleras azules y me siento a observar desde lo alto. Puedo ver un grupo de gente reunida, parecen estar alrededor de algo, si, es un mensaje escrito en el suelo, creo poder leer que dice: “Asesina”, pero antes hay otra palabra, que termina con “na”, ¿lo primero es una “o”, o es una “d” mayúscula? Hay una “i”, puede que diga: “Dina Asesina”. Bajo por las escaleras azules y me acerco. Si, si, dice “Dina Asesina”, pero no está escrito en el suelo, son objetos apoyados, pequeños, me acerco más, intento colarme por el círculo de gente, son... ¿cartuchos? De algún tipo de arma. Si, definitivamente son cartuchos vacíos. Hay un señor con gorro, que me devuelve la mirada entre la multitud, me le acerco y le pregunto:

- ¿Qué está pasando?
- ¿Usted no es de aquí, verdad?
- No, estoy recién llegada.
- Estamos exigiendo que renuncie Dina Boluarte, que está hoy en la Presidencia, por asesina, y que se cierre el Congreso, ya mismo. ¡Hay 40 personas muertas en las manifestaciones, 40!

Veo venir corriendo un grupo de mujeres con carteles en las manos y banderas de múltiples colores, leo: “Cabezas de ratas”, “Nuevas elecciones”, “cierre”, “abajo el sistema colonial eurocéntrico”. Entre ellas viene una mujer en una motocicleta roja, trae una bandera de Perú en la espalda, su tradicional gorro y vestimentas, la falda azul, casi violeta y un par de zapatos rojos. Me mira y me sonrío. Tiene el rostro lleno de vida, conduce firmemente, con las dos manos controlando el manubrio a la perfección. Hay otra mujer con un chaleco verde y una falda roja, que lanza piedras

en una resortera. Una caravana se aproxima, son camiones cargados de gente, traen banderas negras. Pero, ¿qué?... No... No, no es posible, no. Detrás viene, ¿ataúdes? Son cajones. ¡Son cajones con manifestantes muertos, asesinados! ¿Qué? Esto no es posible. ¿En qué mundo vivimos? Yo estaba en la tranquilidad de mi hogar, sin saber, que unos cuantos kilómetros más al Norte, estaba pasando todo esto. ¿En qué clase de burbuja vivimos? Son cajones, ataúdes. Decenas. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, diez, veinte, treinta, no alcanzo a contarlos. La gente los carga en andas, casi todo mundo porta sombrero, quechuas, aymaras, familias enteras, caminan con rostro fúnebre.

La cantidad de gente es impresionante, siguen y siguen avanzando. Deben ser cientos de miles. Calculo por lo bajo unos cien mil manifestantes. Traen banderas negras. Hay una especie de jaula, que cargan dos señores, y adentro una señora haciendo de presa, con la cinta presidencial cruzada en el pecho. Alguien trae una polera que dice. "Cierre al Congreso". Nunca vi una cosa igual. El ánimo que siente, es la mezcla entre el terror y la rabia. Entre la determinación y la necesidad de revancha, de redención, de justicia. La Iglesia del gran arco y el campanario, se repleta ahora de gente, que desborda por todas partes.

- Hola, ¿cómo puedo ayudar? ¿Qué puedo hacer?
- Tenga cuidado señorita, que andan matando a sangre fría.
- Sí, pero yo quiero ayudar. ¿Cómo podría colaborar con ustedes?
- ¿Sabe manejar un fusil? Es broma señorita, ojalá tuviéramos fusiles.
- ¿Usted no es de aquí, verdad?
- No, no, vengo a ayudar.
- ¿Y dónde está parando usted? Tenga cuidado, de noche es peor.
- Todavía no pensé en eso, supongo que buscaré alojamiento más tarde.
- No se quede sola señorita, que andan sicarios vestidos de oficiales. Mire, nosotros nos estamos quedando un grupo grande en una casa, a unas pocas cuadras de acá, si quiere se puede venir con nosotros, sin miedo, le voy a presentar a las compañeras, para entren en confianza.

Me aproxima a un grupo de mujeres, no sé cómo saludar, me siento una bestia frente a la diversidad de culturas del mundo. Si les doy un beso en la cara, o uno en cada lado de la cara, o un buen apretón de manos, que no puede ser ni muy suave ni muy fuerte. Todo parece tener una norma social adosada. Un lenguaje no verbal, que se escribe en las caras de las personas, en sus manos, en los gestos. Finalmente son ellas las que marcan la pauta, me dan un fuerte apretón. Un abrazito. La prueba indiscutible de que existe humanidad. Acepto con gusto el apretón, que además no toca ningún de mis zonas sexuales, como si supieran exactamente dónde apretar y cómo.

Un fuerte apretón que me cierra la cintura, ante brazos que son mucho más largos y fuertes. Intento presentarme, ante el miedo a que crean que soy una infiltrada, policía o cualquier cosa represora de esas, cualquiera de esas máquinas cubiertas de sangre. Así que hago un chiste, que no me pareció muy bueno al terminar: “Me llamo Fernanda, me dicen Fer, no puede ser policía porque soy extranjera”. Y ríen, ríen y me explican que ellas tampoco son policías, y ríen. Me empiezan a contar, entremezclando el relato con palabras a las que no estoy familiarizada, que hubo un cambio de gabinete y renunciaron varios Ministros. Por lo que puede verse, la crisis es profunda, de esas crisis que corroen las estructuras fundamentales, no de esas tantas crisis cíclicas del capitalismo. Ellas hablan de eurocentrismo. Lo repiten muchas veces. También hablan de colonial. Colonial, colonial, como un verbo que se añade a un sustantivo. El caballo, colonial. El formato, colonial. El régimen, colonial. Hay tantos colores en sus ropas, que me sería imposible describirlos, como si el arcoíris fuera mujer.

Adentro mío siento la calidez de estar rodeada de un grupo de gente que habla el idioma de la ruptura, de la grieta. Es un lenguaje muy particular, que suele hablarse pocas veces alrededor del mundo, pero que cuando se habla, uff, cuando se habla, rompe con todos los esquemas, es el lenguaje de la grieta. Yo aprendí a hablarlo, allá por mi infancia, por la tragedia de las circunstancias, igual que todo el mundo. El lenguaje de la grieta, ellas lo hablan y yo las entiendo, las

observo, afirmo con la cabeza. Me invitan a alojar con ellas, a un lugar que según dicen queda cerca. No posee ninguna desconfianza, no para con ellas. Me ofrezco a cocinar. No es que me guste hacerlo, pero a priori me imagino que será un suceso colectivo, un momento en el que todas ellas, hundirán por igual las manos en la masa, o en la salsa. Quiero estar. Quiero comer. Me ataca el apetito. Llegamos en grupo a un sitio. Me van contando que ellas saben sobre la actualidad, como si manejaran al dedillo los sucesos internacionales. Yo me siento en una burbuja. Me cuentan por ejemplo, que en Brasil, acaba de haber una intentona de golpe o algo por el estilo, con miles de manifestantes de derecha tratando de ingresar a un edificio público, y que había un hombre, con cuernos de toro, el pecho pintado con la bandera carioca, igual a un no me acuerdo cómo se llaman.

Cuentan que cantantes famosas como Susana Baca, que están de acuerdo con la protesta. Que hay 60.000, si, creo que 60.000 dijeron, muertes por covid en China, porque rebrotó el virus, en este mismo instante, furiosamente. Y que en Colombia se denunció una red de trata de niñas, en manos del ejército, relacionado con los gringos. Y que además se encontró una fosa común, con cientos de personas que habían desaparecido durante las revueltas. Cosas de esas. Terribles acontecimientos del mundo. Escalofrantes postales de una realidad, brutal. Mientras hablan, observo a mi alrededor, estamos en un sitio, que parece ser la casa de una de ellas, es algo oscuro, pero hay una mesa con un mantel de tela acomodado, un sofá con una manta colorida perfectamente estirada. Dan la impresión de orden. Me invitan a sentarme, mientras siguen hablando, pero prefiero ayudar, me ofrezco una vez más para cocinar o cumplir con cualquier tipo de tarea. Me abro paso hacia la cocina, donde me calzan un delantal sobre el cuello y a pelar papas.

Pelo papas por un buen rato, las voy apilando en una fuente metálica que dispusieron con agua, justo a mi lado. Escucho las conversaciones e intento participar en la medida que puedo. Siento un olor a cebollas en aceite que viene de una de las ollas ya puestas sobre el fuego. No veo hombres por ninguna

parte, pero si niños y niñas que revolotean alrededor de las faldas. Me recuerdan a los míos, cuando estaban así de chiquititos, y se trezaban jugando a la lucha libre o a los piratas. Veo una salsa de color ocre, amarillo, espesa, en una de las ollas. Las papas se ponen a hervir, y al cabo de un rato, estamos sentadas en la mesa, todas alrededor, comiendo las papas, con esa salsa encima. Me echo el primer bocado a la lengua, pensando que iba a saborear lo mismo que he comido bajo el título de comida peruana antes, pero el sazón me estalla en la boca, empapando mi ignorancia. Nunca probé un sabor así. Me hace sentir que valió la pena el viaje. Froto mis pies, uno contra el otro, para controlar la ansiedad que me da comerme todo el plato de una sola bocanada.

Parece que estuviera vivo. Las papas, humeando, la salsa en movimiento, se ve como un ser al cual me devoro. La charla sigue. Pero esta vez no puedo emitir comentario alguno, tengo la boca llena de papas. Terminamos de comer y es la hora de lavar. Todas parecen estar haciendo una función. Lavando, secando, guardando. Nadie se queda sin hacer nada en la mesa. Eso es nuevo para mí, que estoy acostumbrada a tener un ejército de hombres sentados a la mesa. Ni se mosquean cuando llega la hora de levantar los platos, pese a mi insistencia y estallido de cólera constante. Siempre hay una cabecera, envuelta en privilegios. Paso a cumplir una función también, secando, parecemos una cadena de producción, sin fallas.

Finalizadas las labores, comienzan a sacar mantas de una caja que no había visto, dobladas, se estiran y van al suelo. Una, dos, tres, diez mantas sobre el suelo. Se sacan los zapatos y se acuestan mirando al techo. Escucho un “relájese mi niña”, así que me tuerzo hasta abajo y me recuesto, con la vista puesta en el techo. La conversación continúa, ahora ya sin papas en la boca, hago algunas preguntas y poco a poco, nos quedamos dormidas.

Antes del amanecer, ya se está despertando Juliaca. Me levanto y salgo hacia afuera, hay rocas que cubren las calles, vidrios rotos, mucha basura. No hay negocios abiertos. Kareem, que había dormido a mi lado y comido de las mismas papas, sale conmigo hacia afuera. Me comenta que el que se ve a un lado, es el

cerro Huaynarroque. Y que a pocos kilómetros está el lago Titicaca. Caminamos lento y me va mostrando los sitios, en la plaza, es Tupac Amaru, el que se rige en estatua. Alrededor se juntan grupos, alguien les habla por megáfono. Karem me explica que han llegado familias enteras desde Huancané, Moho, Juli, Ilave y otras provincias. Me habla de un médico, Marco Antonio Samillan, que fue asesinado en la calle, a balazos, mientras atendía a personas heridas en la protesta. Un helicóptero sobrevuela la ciudad. Veo un cartel pintado a pulso, con una serie de nombres y le pregunto a Karem de quiénes se trata: “Gabriel, Roger, Edgar, Reynaldo, Yamilet, Nelson, Ever, Héctor”.

- ¿Quiénes son?
- Son personas asesinadas, Yamilet de 17 años, una niña, muerta en la calle. Y son los nombres que conocemos, solamente, ¿cuántos más habrá sin identificar?
- ¡¿Desaparecidos?! Como lo que hablábamos ayer respecto a Colombia... ¡Que después aparecen en fosas comunes! ¡Asesinados por protestar!
- ¿Sabe qué es lo más impactante? Que no impacte, en la gente, en la opinión pública, en los medios de comunicación, ni en los organismos internacionales. Estos días hablaban de una campaña, pero parece tan desapercibida, tan poco tajante.
- ¿Qué habría que hacer?
- Habría que parar el mundo, no más. Nada más, ni nada menos. Parar el mundo, para frenar la masacre que están haciendo con nosotros aquí.
- Llega un momento en el que se trata mucho más que de la renuncia de Dina Boluarte...
- Así es. Se trata de dignidad. De ponerle fin a la guerra, permanente, de un puñado de hombres, contra la especie en su conjunto. Atentan contra la naturaleza. Atentan contra sus hermanos, contra sus hermanas. Ni los animales muestran tal desprecio por otros seres. Ni el demonio más terrible imaginado, puede siquiera parecerse a esto. ¡17 años! Asesinada a sangre fría en la calle.
- Yamilet...

Sigo la marcha de Karem, que sigue hasta llegar a unos camiones. La gente se amontona, tratando de subir, y Karem da el primer paso hacia arriba. Le sigo. Pasa un rato y se forma una caravana, escucho que alguien dice que vamos a Lima. Veo hacia afuera, a través de la cabeza apretada de quienes comparten conmigo el camión, y emprendemos viaje. Sufren un poco mis pies, de algunas pisadas no intencionales. Intento acomodarme a cada rato, andando prácticamente en puntitas de pies. Afuera se ven cientos de miles de personas, usan sombreros y traen banderas multicolores. La mayoría es campesina, aymara, y está enfurecida, por los muertos, por la mala calidad de vida, por las opresiones que barren a diario.

La procesión llega hasta Arequipa, al parecer hay un aeropuerto y el plan es tomarlo, antes de seguir hacia Lima. Se escuchan rumores de que están disparando y ya hay un manifestante muerto en manos de la policía o del ejército. La caravana sigue, hay que llegar hasta Lima. Vamos parando en diferentes puntos, lugares que no reconozco, bajamos del camión y alguien reparte pan, creo que dicen que estamos en Nascar, o Nasca, Nascal. Seguimos viaje, se hace mucho más largo el camino de lo esperado. Me duelen los pies, para cuando llegamos a Lima, casi no puedo sentirlos.

Ha venido el pueblo desde todas las ciudades a tomarse Lima. Llegamos hasta la Plaza San Martín, un fuego se enciende y se expande rápidamente, levantando una columna de humo que llega hasta el cielo. Alguien dice que fue provocado por la policía para reprimir. Caminamos por una Avenida, leo en un cartel que se llama Abancay, nos dirigimos hacia el Congreso. Karem comenta que han venido personas desde Apurímac, Ayacucho, Cusco, Peuno, Arequipa. Veo que mucha gente trae palos, en las manos, está dispuesta a pelear. Hay quienes agarran lo que pueden de la calle, latas, carteles del tránsito, señales, todo sirve como instrumento contra la dominación del capital. La policía tras sus escudos, se amotina en un rincón. También hay lienzos de diferentes sindicatos, organizaciones campesinas, carteles con consignas como: “No somos terrucos” y “en la tierra del gas natural, no tenemos gas”. Es una verdadera toma de la

ciudad. Según dicen el paro es a nivel nacional. Cuadras y cuadras cubiertas con mujeres, vestidas de colores vivos, faldas, con un sombrero sobre la cabeza para evitar los rayos del sol. No logro entender lo que dicen, pero Karem va comentándome cosas. El aire apenas deja respirarse, no hay oxígeno, por la altura y por las bombas lacrimógenas que empiezan a estallar desde las esquinas. Mis pies hicieron una costra por abajo, del color de la tierra.

Un joven grita que la policía entró a la Universidad San Marcos, dice que rompieron el portón y tienen a la gente boca abajo en el suelo, y se la están llevando detenida. Un grupo de mujeres raya la pared, con una consigna que dice: Ninguna mujer con Dina”.

Lima no parece ser la misma ciudad que se ve en postales. Da el aspecto de estar cursando una revolución. Tras el paso de las horas, la protesta no decae. Nadie se va. Los cordones policiales tienen cercados los puntos estratégicos. Las llamas siguen creciendo. El humo de las lacrimógenas nubla la vista. Pierdo de vista a Karem en el ajetreo de la multitud. Intento buscarla. Camino, lento, sorteando obstáculos. Un trozo metálico se me atranca entre los pies. Me detengo. Agacho la cabeza para esquivar algo. Ando a gatas por media cuadra, pegada a la pared. Siento tierra. Siento pasto. Toco con las yemas de los dedos un árbol y me apoyo en él. Me cubro. Es mi escudo. No soy la única. Hay alguien más aquí. Es un señor mayor. Me mira con una sonrisa en los ojos.

- ¿Sabe por qué está así el árbol?
- ¿Así cómo?
- Así, torcido...
- No, no me había dado cuenta, ¿por qué está torcido?
- Antiguamente, se torcía a los árboles nativos, para evitar que el hombre blanco los talara y se los llevara para levantar sus casas. Ellos no quieren árboles torcidos, no les sirven, no los necesitan. Solo ocupan la madera cuando está recta, perfectamente enderezada.
- No sabía eso. Árboles torcidos. ¿Y entonces pueden permanecer en la tierra?

- Nadie los tala. Hay que ser optimista. Ahora en Francia, en este mismo momento por ejemplo, están haciendo una huelga con dos millones de manifestantes. Hay que ser optimista. Hay que ser el árbol torcido.

Vemos correr a un joven a toda velocidad, tras él vienen, dos, tres, cuatro, cinco policial y lo empiezan a golpear. Le pegan en las costillas, en la cabeza. Un golpe en la cara. Otro golpe entre los huesos. Un golpe de uno, un golpe del otro. Palo. Se van. El joven cae rendido al suelo. Antes de que podamos movernos para ayudar, aparece otro policía, apunta con el arma. Da tres disparos al cuerpo de quienes corren. Uno cae al suelo. “Me van a matar”, “me van a matar”, “me van a matar”, me repite al oído mi cerebro. Pero el policía con el arma desenfundada, no nos ve, y sigue en dirección contraria.

Me incorporo del suelo y camino hacia la primera persona herida. Mis pies sienten el charco de sangre. No es un hombre muerto. Somos toda la humanidad, caída, desangrándose, producto de las balas. Me agacho para sentirle el pulso y veo que vienen señoras con una cruz roja en el brazo a asistirlo. Pero no pueden hacer nada. Fue asesinado frente a nuestros ojos. Me alejo sin decir nada, camino sin rumbo por las calles cubiertas de cascotes de todo tipo. La multitud comienza a disolverse. Los piquetes policiales retroceden. Estoy pensando en quiénes son, esos cuerpos tendidos en la calle, a qué familias fueron arrebatados, pues no volverán hoy para la cena. Pienso en todas las sillas vacías y en quién es responsable por esto. ¡Debe pagar! ¡Debe haber condena! ¡Debe haber juicio y castigo!

Hay un zumbido agudo en mi odio. Llego a lo que parece ser una plaza, hay carpas colocadas en el centro, supongo que serán de quienes vinieron en los camiones, así que me acerco. Me siento en el pasto, tiro la cabeza hacia atrás, y en un segundo, me quedo totalmente dormida. Me despierta asustada una niña, que me está mirando de pie, a mi lado. Tiene un vestido y una sonrisa curiosa. Estira la mano y me convida unas galletas, que llevo a mi boca como si no hubiese comido en mil años. Me revitalizan como si se tratase de un verdadero banquete.

Me pongo de pie y me froto un ojo como si fuera yo la niña. Ella continúa observándome. Cuando logro enfocar, veo que tras de sí, hay una gran cantidad de gente que se reúne en un círculo. Imagino que es una asamblea, así que intento arrimarme. Una mujer aymara, habla en un tono de voz calmado. Usa un chaleco rojo y encima un chaleco azul. Tiene una falda casi hasta los tobillos repleta de colores. Sonríe entre oración y oración y todo mundo la escucha atentamente, con respeto. No hay murmullos, ni el ruido de fondo que imponen cuando hablan las mujeres. Silencio. Escucha atenta. También la escucho. Está haciendo una especie de balance de la movilización. “83 cortes de carretera a lo largo del país”. “78 puntos bloqueados en vías nacionales”. “23 provincias movilizadas, entre ellas, Lima, Carabaya, Yungoyo, Andahuaylas, Chincheros, Acombamba y otras”.

Cuando termina el balance, alguien levanta la mano. Es un joven. Dice que la protesta irá escalando, hasta que renuncie Dina, como mínimo, cuenta que se incendiaron dos puestos fronterizos, en Puno. Oficinas varias, como el Servicio Nacional de Sanidad Agraria, la Superintendencia Nacional de Aduanas, el Centro Binacional de Atención en la Frontera. Y que también se han incendiado comisarías, como en Arequipa, donde no se detienen los enfrentamientos con la policía.

Las manos se empiezan a alzar, pidiendo espacio para intervenciones. Se habla de la mecha que encendió Perú, de un país en llamas. Un señor que ha pedido la palabra, advierte sobre los peligros de que Dina renuncie, pero lo suceda un déspota de iguales magnitudes o peores, como el Presidente del Congreso, que fue militar, cuyo nombre no alcanzo a escuchar bien. Willms, Williams.

De la asamblea entiendo que el proceso es profundo y extendido. Como cierre se planifican una serie de medidas y se dividen tareas. Me gustaría poder intervenir, para plantear levantar comités para sostener el paro, y proponerme para ayudar en uno. Pero me parece más acorde ahora, acompañar, preguntar, intento acercarme a una mujer, para conversar con ella. Le está hablando a una cámara encendida:

- “Nosotros estamos luchando y no nos vamos a cansar, hasta que esta señora se pronuncie, que se vaya a las buenas o a las malas. Así que si acá me tienen hablando ahora, aquí hablo y si mañana muero, en manos de estos genocidas, alguien más se levantará, porque miedo no hay, EL MIEDO SE ESCAPA DE NOSOTROS. Vamos a luchar hasta las últimas consecuencias.”

A su lado, otra mujer, indignada, con una camisa a cuadros, relata que la policía obligó a estudiantes a desvestirse y tocaron sus partes íntimas, ejerciendo así violencia sexual.

Se colocan ladrillos sobre el pavimento, comienzan a traer palos de madera, que parecen cortados a medida, del largo aproximado de un metro. Y unas ollas muy grandes, se apoyan sobre los ladrillos, tras encender los troncos en un fuego. Cinco o seis ollas, con sus tapas bien colocadas, aguardan cosiéndose en el humo. Un señor y una señora, con palos en la mano, revuelven el contenido de las ollas y alrededor, mucha gente atraída por el aroma, se prepara para comer. Hay una bandera de Perú, ondeando en el centro.

Me hago parte de la fila y cuando llega mi turno, veo que es arroz. ¡Arroz! ¡Bendito! Con el hambre que tengo. Se me hace agua la boca. Agradezco. Agradezco mil veces. Es posible que hayan notado, a primera vista, que no soy de aquí, con más razón son amables, me invitan, me sientan a su lado. Me pongo a conversar con un grupo entero. No dejan de explicar el conflicto, aunque el arroz se les caiga de la boca. Hablan con pasión, con fuego, con convencimiento. Les veo en los ojos brillar una chispa. Pero sobre todo, hay una dureza, dan la impresión de que no van a retroceder, de que corre por sus venas la firmeza, la imposibilidad de rendirse. Intento aprender de lo que dicen, masticando cada grano de arroz, al dente. Siempre hay una salsa, que amablemente uno de ellos coloca sobre las porciones del resto. ¡Qué sabor! Un poco picante. Un poco a limón. Un poco salado. Mis papilas gustativas están en un viaje propio. Me ofrezco para ayudar antes de finalizar, quiero colaborar, llevo unas cuestiones para acá, unas cuestiones para allá.

Pronto veo que a lo largo de la cuadra, se dispone un piquete policial, y la gente empieza a prepararse para el enfrentamiento. No me voy a quedar de brazos cruzados. Veo que hay una pila de tambores cortados, pintados con el color rojo y blanco y una consigna: “No a la Dictadura”. “Estoy totalmente de acuerdo”, pienso. Y me acerco para tomar uno. Un joven me pide permiso y luego me coloca un casco verde, como los que usan los obreros de la construcción en la cabeza, me siento inmediatamente cómoda. Hay quienes tienen además, una mascarilla especial y supongo que los bototos también ayudarán bastante. Por ahora es lo que tengo: mis pies.

Se hace una fila. Aprendo rápido. Hay que poner el medio tambor a modo de escudo y detener los proyectiles que envía la policía. Me espero cualquier cosa. Desde que manden balas, hasta lacrimógenas. Lo importante es que me mantenga firme, al centro, sin mover el escudo, o quienes se protegen de él junto a mí, sufrirán las consecuencias. Siento que es una labor de vida o muerte. Me siento importante. Por primera vez, en años, quizás desde que tengo memoria, quizás desde siempre, desde nunca, me siento importante. Útil verdaderamente.

Sostengo el escudo con toda la fuerza que me dan los brazos. Tengo que tener cuidado de no cortarme un dedo con el filo de la lata. Empiezo a recibir proyectiles. Los siento chocando contra mi escudo. Son fuertes, hacen un estruendo. No logro saber de qué se trata, pero afortunadamente, estos escudos están bien hechos, los detienen. No quiero ni asomar la cabeza, siento que el mundo está protegido tras el escudo. Nada puede suceder, tras el escudo, pero si asomo las narices, todo se perderá, empezando por mi cabeza. Deben ser balas. Balas y lacrimógenas también, porque empiezo a sentir el humo. Cierro los ojos y aprieto los puños para sostener fuerte el escudo. A mi lado, otros escudos. Formamos un bloque. Había visto esta formación militar en los libros, si, claro, la había visto, solo faltan los escudos que nos tapan las cabezas, pero el frente a frente, lo había visto. No separar un escudo del otro. Apretar. Avanzar.

Comenzamos a movernos hacia adelante. Un paso a la vez. Poco a poco.

Escucho un júbilo y por fin puedo mirar por sobre mi escudo. El piquete policial se retrotrae y retrocede. Rápidamente el grupo indica que hay que avanzar una cuadra hacia la izquierda, allí hay otro cordón. Corriendo se instalan los escudos, uno junto al otro, formando una hilera de cuatro. Y detrás, veo cómo se protegen para lanzar elementos contundentes. Sin cubrirse el rostro, van desfilando las molotov que llegan a su objetivo. Retrocede el segundo cordón policial.

Hay un pedazo de vidrio incrustado entre mis dedos. Pero no puedo detenerme, ni volver atrás. Escucho el sonido de una radio, que alguien debe traer en el bolsillo, hablan de tregua, de tregua nacional. Pero ni una palabra de renuncias. La movilización sigue. Una enorme columna de gente se aproxima y marcha, les sigo, dejando una huella de sangre en el pavimento, vienen desde la Panamericana Norte. Son millares. Traen todo tipo de banderas y cantan efusivamente. "Aquí, allá". Vienen llegando hacia el centro de Lima.

Una columna de humo adorna cada esquina. Se comenta que están bloqueando las carreteras. Dos mujeres corren con un cajón de mandarinas, dice que es para compartir con los hermanos y hermanas. Acompañan vendedores de vuvuzelas, banderas y quitasoles. "Dina asesina". "Dina Asesina", es lo que más se oye decir. Hay todo tipo de gentes, en diversidad. Hay todo tipo de banderas. "Dina dictadura: Renuncia". Una ambulancia marcha al fondo y la gente se acumula a observar desde los puentes.

La fuerza se hace sentir en las calles. Como una empuñadora que ha estado dormida, escondida entre los cerros de las ciudades, metida en las casas precarias. Ha salido a detener la tragedia, todo aquel que latía, miraba y sabía que llegaría el día de cambiar, no una, no dos, sino todas las estructuras de esta sociedad. Ha llegado el día, en el que lo callado, emerge como un grito atorado que no cesa, retumba en el eco de las montañas, viaja y vuelve para golpear, para llegar, para ensordecer al opresor y quitarle las riendas. Ha llegado el día, en el que les veremos caer, lejos de la derrota, lejos de la agonía, cerca de la victoria, montando batallas bien ganadas. Ha llegado el día, de torcer el árbol.

Una camioneta blanca se lleva a dos hombres que gritan sus nombres a quienes graban con cámaras. Caminamos, por calles e intersecciones, la multitud ardiente. Un edificio azul, con columnas blancas en el segundo piso, tiene rejas que parece ser imposibles de abrir. Pero una montonera de gente, con cascos de obreros, azules y amarillos, tensiona la reja con fierros. Un neumático se quema en la vereda y el humo agarra parte del edificio. No sé cómo logran sacar la reja de su captura en el cemento, se rompe una parte significativa, que queda volcada sobre el suelo. Entra los cascos azules y amarillos, sobrepasando el fuego, como si no les quemara.

¡No me voy a quedar afuera! Entro también, salto sobre el fuego. Mis pies no se queman. Creo que me estoy adaptando bien. No sé qué es este edificio que humea. Hay mujeres que van directo a unos archivadores de todos los tamaños, puestos contra la pared. Los abren a palazos. Sacan hojas y hojas, carpetas, muchas carpetas. ¿Qué son esas carpetas? Parecen expedientes, archivos, tienen nombres y fotografías, que veo arder cuando los lanzan a las llamas. Queman todo. El humo aumenta, haciendo el aire irrespirable. Decido salir, nuevamente salto sobre el fuego, piso el neumático y voy a dar a la vereda. Un joven de mochila verde, me ayuda a sostenerme apoyándome en su brazo. Parece una comunidad. Gente amable. Gente de combate, que colabora. Siento por un momento, que la ciudad es libre, que el mundo es nuestro, que puedo seguir caminando por la vereda y elegir en qué edificio entrar, recorrerlo todo. Recorrer los sitios a los que generalmente no te dejan pasar, donde hay cordeles que dicen “privado” o “solo personal autorizado”. Ahora somos una horda de personales autorizados para entrar, sin restricciones, a todos los recovecos de la ciudad. Por un segundo, me siento en libertad.

Hasta que veo que se aproxima un piquete que va directo a apagar el fuego. A intentarlo. Porque las llamas crecen sobre sus cabezas, tapándolos de humo. Aparecen milicos también, corriendo uno tras otro en hilera, parece una guerra contra el fuego. No se las diferencias entre lo que veo y una dictadura. No parece haber ninguna.

Una mujer cuenta compungida, ante un grupo que la rodea espontáneamente, que escuchó al gobernador disparar desde la ventana de su casa contra la gente en protesta. Nadie dormirá esta noche. Dice también que hubo un momento muy chistoso, en el que la masa insurrecta, agarró por los aires a un policía, y se lo llevaban auestas, quizás para tirarlo en un barranco o en un acantilado. Y la gente se echa a reír, como si fuese el chiste más gracioso que hayan escuchado jamás. Ríen, imaginando al policía asustado, mirando al cielo.

La policía y el ejército, ataca con todas las fuerzas. Tienen orden de hacerlo. Tienen orden directa de asesinar al pueblo trabajador, a las mujeres, a niños, a todo lo que se le cruce. Mueven tropas de un lado al otro. El gas se hace parte del aire. El aire se vuelve gas. Las marchas se unen a las marchas. Cada esquina es un nuevo punto de combate. Las arterias tapadas de una civilización en llamas. Boluarte no renuncia. Está estancada en el sillón presidencial, catatónica. Los megáfonos hablan quechua y aymara.

El grupo que espontáneamente escuchaba a la mujer, va creciendo hasta convertirse en una asamblea. Los de uniforme no se acercan, como si el círculo proyectara una fuerza explosiva, imposible de contener, que no quisieran desatar ni con la vista. La gente toce e intenta incorporarse. Hay quienes se restriegan efusivamente los ojos. Se discuten acciones, que no puedo escribir, pero me encargo de ayudar a concretar.

Quedamos en hacer, una pared de neumáticos en el sector sur, para evitar que avanzaran desde allí, y así, sostener los puntos en toma. Voy juntando neumáticos, haciéndolos rodar, como si fuera una niña que está jugando, los llevo uno por uno, sintiendo los pelitos plásticos que trae en la superficie. Coloco uno en medio de la calle, luego el otro, y cuando vuelvo con otro, ya alguien más colocó uno, se va formando una pared, con muchas manos, cientos de obreros y obreras de la construcción, que levantan estos ladrillos de caucho lo más alto posible, sin dejar espacios débiles. Cada neumático que pongo, siento la metáfora de estar construyendo algo en equipo con todas estas personas, que ríen y se divierten rodándolos. Una sociedad diferente, que se edifica, con la

colaboración de cada presente. Se escuchan balas. La noche cae sobre la ciudad como una lápida. Es el sonido de las balas, retumbando. Es el humo, ascendiendo desde el pavimento hasta donde ya no puede verse. Es la luz, producida por los disparos, la que pone los pelos de punta. Cuando más disparan, más rabia se genera. Rabia. Rabia. Pura espuma brotando entre los dientes. Rabia. Ojos conscientes. Rabia.

La gente con cascos, empieza a agitar unas vallas que están puestas sobre un peatonal. El combate no se detiene. No hay miedo. Un joven revolea una huaraca. Del otro lado, los policías disparan con algo que parece ser una bazuca. ¡Tienen fusiles! ¡Pistolas! ¡Disparan con armas de guerra! Se escuchan insultos. Vuvuzelas. Gritos. Estruendos. Suena un ruido que parecen cañitas voladoras de las que se tiran en Navidad. Hay dos bombas de humo naranjas en el medio de la avenida. Un policía queda totalmente pintado de naranja producto del humo de esas bombas. Los escudos se posicionan en primera fila. Por un momento la batalla cesa.

Giro la cabeza a mi izquierda y veo una luz, encendida, tras una puerta entre abierta. Se tambalea, de un lado al otro, como un péndulo, parece que tuviera la sensibilidad ante una bomba estallada en Irán. Mis pies se dirigen solos hacia la luz, igual que una polilla. La pared de neumáticos me mira, segura, de que no se va a caer en mi ausencia. Toco con los dedos el primer escalón, que irrumpe en puerta, que irrumpe en baldosas, frías, que puedo sentir con mis pies, a esta altura, tan conscientes como manos. Doy dos pasos, doy tres, y el ambiente cambia. Afuera se escuchan los estruendos. Hay un grupo de mujeres, en trenzas, sentadas en el suelo. Me miran todas juntas, examinando a la intrusa.

En cuanto abro la boca, relajan las miradas y me invitan a pasar. Entro despacito, casi en puntillas de pie, y lo primero en lo que quedo fijada es en las paredes, llenas de libros, desde el techo hasta el suelo. Alguien construyó allí estanterías en tablas de madera sin cepillar, perfectamente encastradas en las paredes, ocupando cada espacio, cada rincón, incluso sobre la puerta, corre una franja

de libros coloridos. Es impresionante. Rara vez vi una biblioteca así. Me quedo con la boca abierta, y afino el ojo para ver los libros.

Hay tapas de todos los colores, más altos, más bajos, más gruesos, delgados. No veo carteles que indiquen un género. ¡Está George Eliot!, si, su libro “El molino de Floss”, no alcanzo a ver la tapa, y no quiero tocar, pero puedo ver el lomo y recordar la historia, o más bien, los elementos fundamentales de la historia. ¿Por qué quién puede recordar todas las historias? Recuerdo sobre todo, que George Eliot es una mujer, pese a su nombre que sugiere otra cosa, precisamente por el estigma que ha pesado históricamente sobre la mujer que escribe. ¡George Eliot! ¡Aquí, en plena lucha de clases!

Escucho que hablan de un crimen. Un asesinato que cometió la policía de Estados Unidos contra lo que entiendo es un joven, al que llaman Tyre Nichols, lo sé porque deletrean su nombre varias veces y con precisión. Dicen que lo mataron en la calle. Cuatro policías, a patadas. Le aplicaron descargas eléctricas, luego de arrancarlo del asiento de su auto. Como a Georges Floyd. Sin crimen, sin delito. Por el racismo desatado en la policía. Lo mataron. Lo asesinaron. Dicen que puede verse un video en el que están pateando su cuerpo en una esquina.

Una de ellas agrega que acaba de ver un registro, con la enorme cantidad de femicidas, que asesinan y tiran a mujeres en bolsas de basura, hombres que se ven comunes, sin ojos malvados, sin rostro malvado. Hombres de familia, que matan, cortan en pedazos a quienes dicen amar. Dicen que cada vez hay más crímenes de este tipo. Policías asesinos. Patriarcado asesino.

Sujeto por dos pequeñas grapas, hay un cartel en la biblioteca, que tiene escrito una lista de nombres con el título “Recordamos a quienes fueron asesinados por luchar”, son recientes, están divididos por ciudad, Apurímac, Puno, Ayacucho, Junín, La Libertad, Arequipa, Cusco, así que estoy segura de que son las personas que mataron durante estos días en las calles. Algunos nombres ya los había visto escritos: Cristian, John, Wilfredo, Miguel, Beckhan, Sonia, Salomón,

Isidro, Nelson, Rubén, Giovani, Gabriel, Roger, Reynaldo, Marco, Raúl, Eberth, Héctor, Heliot, Marcos, Diego, Ronaldo, Jhonathan, Leonardo, Josué, Jhon, Luis, Carlos, Efrén, Lucio, Isabel, Marizel, Yoni, Julia. Algunos nombres faltan, como Yamilet, de 17 años. No podría olvidar a Yamilet.

Pido permiso para ir al baño, una de las mujeres se pone de pie y me indica con su dedo en flecha, cuál es la dirección correspondiente. Escucho que dice: “Hay ducha también”. ¿Ducha? ¿Me puedo bañar? ¡No puedo creer que voy a darme un baño! Entro deprisa y cierro la puerta, como si hubiese cometido un crimen. Luego de hacer mis necesidades, abro el agua, que baja por un chorro helado, y va a dar sobre la palma de mi mano estirada. Me arrebató a sacarme la ropa y entro. El agua corre limpiando mi cuerpo. Lavo mis pies. Mi cara. Mis manos. No hay jabón, pero me froto con fuerza, me restriego. Debí pensar en la toalla, que veo no hay. Sin preocuparme, cierro el agua y me sacudo, al viejo estilo del perro. Todavía mojada, me vuelvo a colocar la ropa y lavo mis calzones con las manos. Los dejo colgados detrás de la ventana, en un escondite que encuentro, sobre un clavo suelto que apunta hacia donde no ve nadie. Cuando vuelvo a la sala de las bibliotecas, me siento otra persona. Las mujeres aun sentadas, continúan comentando distintos temas. Vuelvo a hurgar entre los libros.

Entra al lugar un muchacho que ha de tener unos años más que yo. Tiene barba, y en la barba se asoman las canas, dándole un brillo, una luz. Su boca, pequeña, aunque de gran sonrisa, que es lo primero que se le ve cuando entra, asoma con un labio más grueso que el otro. Los ojos le tintinean como castañuelas. Hay gente que cree en el amor a primera vista.

En todas las películas que he visto, desde niña, siempre sucede esta imagen. Aparece el amor. A primera vista. Como un flechazo. Lo sabes de inmediato cuando lo ves. Te cruza. Te atraviesa. Un cupido, sin ropa y con el culo al aire, llega batiendo alas para disparar dos flechas. Una sobre tu amor, otra sobre ti. Lo he visto antes. Mil veces... En las películas. Dicen que funciona así. Dicen que así es el amor. Pero cuando lo veo, recuerdo todas las escenas opresivas que vi en la realidad, en mis amigos, en mi propia historia, en mi madre, y

decido saltarme la etapa del amor a primera vista. Y pienso: <Amistad. Amistad a primera vista.>

Le estiro la mano y me presento, siguiendo todas las frases que digo de la palabra “amigo”, para que le quede claro, para que lo sepa, para que no confunda mi lugar, su lugar, esta película. Me siento menos intimidada así, menos subordinada, supeditada, menos ciudadana de segunda categoría. No soy candidata a tu dominio, amigo. Ni pretendientes, ni queridos, ni proyectos, ni equipos, ni un futuro de flores. La amistad es el mayor de los valores, la mayor de las virtudes.

Me dice “amiga” de vuelta, como si fuera una ironía. Como si, así recién bañada y todo como me encontré, se hubiese imaginado, en el lapsus de diez segundos, veinte escenarios sexuales, en los que me da duro, con todo, infaliblemente. Todo el kamasutra repasó en su cabeza, me puso de arriba, me puso de abajo, me dio la vuelta, me acabó tres veces en su imaginación, mientras yo me presentaba. Noto el tono irónico en su “amiga”, pero no me importa, porque el mío no es irónico, es cierto, gravitante, fundamental, de supervivencia, para ser una muerte más, en manos de eso que llaman amor. No retengo su nombre, voy a decirle “amigo” todas las veces que pueda. Saluda a las mujeres en el suelo y se sienta, como uno más del círculo. Y yo sigo mirando los libros, como si fueran los únicos que pudieran realmente atraparme.

De lejos suena una radio, distingo que es Stick, por el flow, “porque eran campesinos y no terroristas”. Y luego dan las noticias, “el 73% de las personas en Perú quiere elecciones anticipadas”, “la Presidenta tiene 76% de rechazo”, “el 89% desapruueba al Congreso”, “policías atacan a periodistas y personal médico”, “Víctor Santisteban Yacsavilca, de 55, asesinado en Lima durante las protestas”. Se hace un silencio para escuchar con atención. Cada muerto vale. Cada persona muerta, en la calle, con un disparo en la cabeza, en la espalda, desangrándose, es una consciencia que salió de su casa para luchar, por lo justo. Cada nombre, debe ser escrito en la historia.

Se escuchan ruidos, y sin embargo el silencio es ensordecedor. El silencio del mundo que parece callar ante las injusticias. No es que no se pronuncien quienes siempre salen a pronunciarse, es que el mundo no se pronuncia, se permite. La humanidad permite el atropello. Los derechos humanos consagrados por el suelo, desangrándose en el pavimento. ¿Qué pasa realmente? Desaparecen mujeres, silencio. Violan niñas, silencio. Vuelve atrás el péndulo, como un reloj que no pretende avanzar en forma lineal. Avanza y retrocede. Avanza y retrocede.

Las protestas son la única respuesta efectiva. Cada vez más, cada vez más masivas. Es la única vía. La única esperanza. El verdadero camino a seguir. Porque cuando la comunidad internacional se pronuncia, cuando salen las banderas a relucir en todos los colores, allí retrocede el delito, el crimen merma. Pero si se lo deja correr, si se le permite a la impunidad encenderse, viajará por los continentes anclando derrotas. No basta con luchar un día. No hay permiso para desmoralizarse. Encausar las batallas una a una, dar pasos firmes las estrellas. No habrá progreso mientras la sangre espesa, chorree por las cadenas. ¿Cómo la humanidad permite semejante atropello? ¿Y es que acaso no hay humanidad? Justamente por su dinámica dividida, por su partición en clases. No hay humanidad. Solo clases sociales que luchan.

¡Otro libro de George Eliot! Si, si. ¡Está ahí! En el estante de abajo. Creo que es “Middlemarch”. Si, definitivamente es Middlemarch, lo sé por el lomo negro y un pequeño pedazo de campiña que alcanza a verse. Me agacho para tomarlo entre mis manos. ¿Cómo es que George Eliot viajó hasta aquí? Un libro escrito por ella a mediados de 1850, que está repleto de pasajes cuestionadores, que visibilizan con comedia, la situación de las mujeres, el descrédito, el permanente y marcado menoscabo.

Agarro el libro entre mis manos, y me pongo a ojear las páginas. La radio sigue encendida. Una mujer en trenzas -de combate-, se levanta y camina lento hacia mi, tiene en sus manos un par de hermosos zapatos coloridos, que me entrega, con una sonrisa marcada en los labios, diciéndome: “Qhispi kay”.

Afuera, todavía puede escucharse la batalla desigual. Cada ruido me trae un recuerdo ensordecedor. Mientras me pongo los zapatos bajo los pies, cierro los ojos, visualizo el árbol torcido y pienso en cuánto desearía que el pasado dejara de tocar a nuestra puerta, para que el futuro nos despertara con el sol...

DANA HART

WWW.DANAHARTESCRITORA.COM

